ce a cultivar la propia naturaleza, mediante un descendimiento a las profundidades del ser. El Zen ha tenido diligentes divulgadores en Estados Unidos y en Europa, a partir sobre todo del Congreso Mundial de Religiones, que tuvo lugar en Chicago en 1893. Uno de los más conocidos ha sido D. T. Suzuki (1870-1960). Las técnicas de meditación Zen y su visión de la realidad han influido en pequeñas minorías, que las han usado sobre todo como fuente de inspiración literaria. El Zen se ha domiciliado más recientemente, por lo que al Occidente se refiere, en los campos de la psicoterapia y del esoterismo.

La obra se divide en doce capítulos: 1. La visión occidental del Zen; 2. Raíces indias; 3. El nacimiento del Zen en China; 4. Bodhidharma; 5. El sexto Patriarca; 6. El Movimiento Zen en China; 7. Koan en el Zen Chino; 8. El Budismo Zen en Japón; 9. Dogen, el Maestro del Zazen; 10. La metafísica religiosa de Dogen; 11. La experiencia Zen en testimonios contemporáneos; 12. La iluminación Zen: Satori.

La exposición mantiene un carácter marcadamente histórico, e inserta hábilmente las ideas básicas del Zen. El autor se limita a informar con detalle y habilidad acerca de la naturaleza y desarrollo de este método de meditación, que culmina en la iluminación del Satori, equivalente al Nirvana. Dumoulin se pregunta si la práctica Zen puede ser despojada de sus presupuestos religiosos, de modo que los cristianos puedan asumirla sin poner en peligro su fe (p. 23). En principio se muestra un tanto escéptico sobre esa posibilidad, pero no se decide a una respuesta concluyente, y lo considera un tema abierto.

El documento titulado la *Meditación cristiana*, publicado por la Congregación para la Doctrina de la Fe en oc-

tubre de 1989, ha contribuido a elaborar una respuesta. Afirma, entre otras cosas, que «en la realidad cristiana se cumplen, por encima de cualquier medida, todas las aspiraciones personales en la oración de las otras religiones, sin que, como consecuencia, el yo personal y su condición de criatura se anulen y desaparezcan en el mar del Absoluto» (n. 15).

Destaca también el hecho de que el misticismo natural, que puede ser fruto de modos orientales de meditación, presenta un carácter muy diferente al de la contemplación cristiana, que no vacía el espíritu, sino que lo llena de Dios.

José Morales

François Xavier DURRWELL, *Christ notre Pâque*, Nouvelle Cité, Montrouge 2001, 256 pp., 13 x 20, ISBN 2-85313-387-7.

Tras un largo caminar en trabajos y publicaciones, vuelve aquí FX. Durrwell sobre lo que fue intuición teológica de sus comienzos: la unidad del misterio pascual, el nexo inseparable entre la muerte y resurrección del Señor. Esta fue la intuición fundamental que ha estado en la base de todo su itinerario teológico. En sus primeros tiempos, esta visión resultaba en cierto sentido nueva y, desde luego, muy oportuna para sacar a la soteriología de una consideración unilateral de la muerte del Señor en la que la resurrección apenas era mencionada más que como un final lejano. «Cuando seguía mis estudios seminarísticos allá por los años cuarenta, se queja el Autor, no se me ha enseñado la teología subyacente a la vigilia pascual. Ni siquiera oí pronunciar la palabra misterio pascual. La enseñanza que yo recibía no se distinguía en nada de la de las Iglesias de la Reforma» (pp. 7-8).

A este respecto, la posición de Durrwell es de sobra conocida y puede sintetizarse en estas palabras suyas: «El simbolismo joánico hace la síntesis de la muerte y de la resurrección: la elevación sobre la cruz es una elevación más allá de la tierra hasta el seno de Dios. Elevado por la cruz en la gloria, Jesús puede atraer hacia sí a todos los hombres (Jn 12, 32 s.) y vivificarlos (Jn 17, 1-3). En un movimiento es el término lo que da sentido, él es en cierto sentido lo primero» (pp. 15-16). Indiscutiblemente la gloria del Señor resucitado arroja la luz definitiva sobre toda su vida terrena, especialmente sobre su muerte, sobre la vida cristiana y sobre el destino del hombre.

El autor lleva razón al contemplar desde aquí todo el misterio cristiano. Y lo hace linealmente, con la sencillez típica de la plenitud que impone las limitaciones de la edad. Pero estas limitaciones que le impiden incluso entrar en diálogo con la bibliografía contemporánea (el Autor tiene dificultades incluso para leer), favorecen el que nos encontremos ante una clara síntesis de su pensamiento en la que se pueden percibir fácilmente las luces y las sombras de su estructuración y de su lenguaje.

Durrwell medita a la luz de la resurrección en los títulos de Mesías e Hijo, en la redención, en la pascua de Jesús en los fieles, en la protología y en la escatología. Ofrece así una síntesis de todo su pensamiento. Al mismo tiempo, el gusto por la paradoja y el interés de que todo alcance un nuevo relieve a la luz de la resurrección del Señor llevan al A. a unas afirmaciones que van más allá de lo que en teoría exigiría la unidad indisoluble del misterio pascual y que se adentran por las peculiaridades del lenguaje y del pensamiento de Durrwell. Así sucede p. e., con la afirmación de que el Hijo de Dios resucita en su

muerte (p. 8) y que en Durrwell tiene un significado que no es idéntico al que encontramos en R. Bultmann cuando habla de la resurrección en la muerte. «Resucitar permaneciendo en la muerte, leemos en las pp. 55-56, puede parecer contradictorio. Pero tratándose de la muerte como misterio filial, la razón admite la paradoja sin dificultad. Según San Juan, la muerte es la cima de la ascensión al Padre; la glorificación encuentra su lugar en la cumbre, no más allá; así pues, en la muerte. La glorificación es un acto de eterna plenitud: la eterna glorificación mantiene a Jesús en la muerte de la que ella es inseparable. La glorificación es un hoy eterno; la muerte lo es también» (p. 55).

El lenguaje es brillante, pero va más allá de lo que usualmente se entiende por muerte y por resurrección, de forma que en algunos párrafos el lector necesita adaptarse a este lenguaje prescindiendo del significado normal de las palabras para navegar por la subjetiva exposición de Durrwell. Así sucede también con los pensamientos. Nótese cómo intenta coordinar esta afirmación con el dato de que Cristo resucitó al tercer día: «La ciencia actual, escribe Durrwell pensando en una posible solución a este «problema», puede aportar otra explicación. Ella distingue entre la muerte clínica y la muerte absoluta de la que actualmente se ignora el criterio. Ésta puede suceder bastante después de la primera. La muerte ha sido constatada en el Calvario; la muerte real ha podido no suceder hasta la tumba. Nada impediría la simultaneidad entre la muerte y la resurrección» (p. 59).

El lector no puede menos de sentir cierta extrañeza ante unas afirmaciones que en nada afectan al núcleo central de la tesis: la unión del misterio pascual.

Lucas F. Mateo-Seco